fos y preveía la tempestad. Un día del año 1757 le estaba Diderot exponiendo sus ensueños, le mostraba la marcha del progreso, su siglo, más glorioso que ningún otro, y la humanidad regenerada por los filósofos. « Me parece, dijo Grimm, que este siglo se ha dejado atrás á todos los demás por los elogios que se ha prodigado á sí mismo... Pero no estoy lejos de pensar que nos acercamos al siglo de la razón y no estoy lejos de creer á Europa amenazada por alguna siniestra revolución. »

Diderot protestaba, siempre entusiasta, y aseguraba que la concordia había brotado de las ideas nuevas. En aquel momento se abrió la puerta y entró un criado diciendo : « ¡ El rey ha sido asesinado ! » Era el día del atentado de Damiens. Miráronse los dos amigos y no replicó Diderot.

En cuanto al abate Galiani (1728-1787), era napolitano y nunca se consoló de ello.

Como Grimm y el príncipe de Ligne, consideraba á Francia su patria de adopción y no salía de ella sin gran sentimiento.

Durante los diez años que pasó en París, como secretario de embajada, se hizo querer por todo el mundo y pasó el tiempo agradablemente. Era un gran economista, y escribió casi jugando un diálogo sobre el comercio de los trigos en el que hay, en medio de mucho ingenio, gran número de ideas profundas; pero lo que más estimaban en él era al conversador brillante y al encantador cuentista más aún que al filósofo. Escribiendo á la Sra. Geoffrin, se ha pintado él mismo de un modo divertido. « Heme aquí como de costumbre, el abate; el pequeño abate, vuestro pequeño abate, sentado en una buena butaca, agitando pies y manos como un energúmeno, con la peluca tuerta, hablando por los codos y diciendo cosas que encuentran sublimes. » Cuando le pedían su parecer acerca de algún punto de historia, de moral ó de literatura respondía con un apólogo, gesticulando á las mil maravillas como verdadero italiano.

Diderot y Morellet nos lo han mostrado relatando sus cuentos, sus « historietas que hacían desternillarse de risa, sentado en su butaca, con las piernas cruzadas á lo sastre, con la peluca en una mano y gesticulando con la otra. » Y bajo aquellos cuentos de irresistible alegría se ocultaban buenos consejos y acertados juicios.

Cuando tuvo que abandonar á París para siempre, el pobre abate pensó morir de pena. Siguió largo tiempo escribiéndose con la Sra. de Epinay y estas cartas son lo único que nos queda de su ingenio. Cuando murió su amiga y no tuvo ya con quien cambiar recuerdos, sintió que se le partía el corazón, y exclamó : « ¡ Todo lo he perdido ! » y abandonó esta vida en la que nada le quedaba ya que hacer. En medio de este lote de nombres extranjeros que han honrado la literatura francesa,

es preciso poner en primera línea á los Maistre, de los que ya he hablado.

Por último, habremos dado la vuelta á la literatura de este siglo cuando hayamos pasado revista á los historiadores y á los oradores.

Es lo que vamos á hacer.